

hace en él á las moscas una doble guerra de exterminio.)

Todos los días, una hora antes de ponerse el sol, el arcediano subía la escalera de la torre y se encerraba en esa celda, en la que pasaba algunas veces noches enteras. Ese día, en el momento de llegar á la puerta baja del tugurio, al meter en la cerradura la llavecita complicada que llevaba siempre consigo en la escarcela, llegó á sus oídos el ruido de pandereta y de castañuelas, ruido que salía de la plaza del Atrio. La celda, como ya dijimos, solo tenía un ventanillo que caía sobre el tejado de la iglesia, guardándose Claudio Frollo la llave, y un momento despues apareció en la cúspide de la torre, en la actitud sombría y meditabunda que llamó la atención de las doncellas.

Estaba allí grave, inmóvil, absorbido en una mirada y en un pensamiento. Paris se tendía á sus piés, con las mil agujas de sus edificios y su horizonte circular de blandas colinas, con el río serpeando bajo los puentes y con el pueblo ondulando por las calles, con la nube formada por los humos, con la cadena monstruosa de sus techos que ciñe á la Catedral con sus multiplicados eslabones; pero de la inmensa capital el arcediano solo miraba un rincón de empedrado, la plaza del Atrio, y de toda la muchedumbre solo veía una criatura, la gitana.

Difícil era comprender la naturaleza de su mirada y de dónde procedía la llama que ardía en ella: era una mirada fija y, sin embargo, llena de turbación y de sobresalto. A juzgar por la inmovilidad profunda de todo el cuerpo, que apenas agitaban á intervalos estremecimientos maquinales, como árbol que el viento sacude; á juzgar por la frialdad y tirantez de los brazos, más marmóreos que la baranda en que se apoyaban; á juzgar por la sonrisa petrificada que contraía el semblante, hubiérase dicho que en Claudio Frollo solo los ojos estaban vivos.

La gitana bailaba; hacia dar vueltas á la pandereta sobre la punta del dedo y la arrojaba al aire, bailando zarabandas provenzales, ágil, ligera, alegre y sin sentir el peso de la terrible mirada que caía á plomo sobre ella.

La multitud hormigueaba á su alrededor; de vez en cuando un hombre, ataviado con una casaca amarilla y roja, ensanchaba el círculo y despues se sentaba en una silla cerca de la bailarina y cogía

entre las rodillas la cabeza de la cabra. Este hombre era sin duda el compañero de la gitana. Claudio Frollo no podía distinguir sus facciones desde la altura que ocupaba.

Desde el momento que el arcediano vió al desconocido, dividió la atención entre éste y la bailarina, y su semblante era cada vez más sombrío. Levantó la cabeza de repente y tembló todo su cuerpo. Quién será ese hombre? se dijo entre dientes; siempre la he visto sola!

Internóse en la tortuosa bóveda de la escalera en espiral y descendió. Al pasar por delante de la puerta del campanario, que estaba entreabierto, vió una cosa que le sorprendió; vió á Quasimodo asomado á la abertura de los aleros de pizarra, que parecen enormes celosías, mirar también á la plaza del Atrio, pero absorbido en tan profunda contemplación, que ni siquiera advirtió que pasaba por allí su padre adoptivo; su ojo salvaje adquiría singular expresión, expresión de encantamiento. ¡Cosa más extraña! murmuró Claudio. ¿Si mirará así á la gitana?... El arcediano continuó bajando, y al cabo de algunos minutos salió á la plaza por la puerta que está al pié de la torre.

—Qué se ha hecho la gitana? preguntó, confundiendo con un grupo de espectadores.

—No lo sé; acaba de marcharse, pero si no me equivoco ha ido á bailar un fandango á una casa de enfrente, de la que parecía que la llamaban, le contestó un hombre del grupo.

En vez de la gitana, sobre el tapiz, cuyos arabescos desaparecían antes bajo los piés de la danzadora, solo encontró el arcediano al hombre rojo y amarillo, que por ganarse algunos testones (1) se paseaba alrededor del círculo, con los codos sobre los costados y la cabeza hacia atrás, llevando una silla entre los dientes; sobre la silla había atado un gato, que le prestó una vecina, y que maullaba de susto.

—Virgen María! gritó el arcediano en el momento en que el saltimbanqui, sudando gruesas gotas, pasó delante de él con la pirámide de silla y gato. ¿Qué haces ahí, maese Pedro Gringoire?

La voz severa de Claudio Frollo causó al pobre diablo tal conmoción, que perdió el equilibrio, y la silla y el gato cayeron de sopetón sobre las cabezas de

(1) Moneda antigua de Francia de escaso valor.

los espectadores, en medio de la rechifla general.

Es probable que maese Pedro Gringoire (porque era él) hubiera salido mal librado en sus cuentas con la dueña del gato y con las de las caras contusas y arañadas que le rodeaban, si no se hubiera aprovechado del tumulto para refugiarse á escape en la iglesia, á la que le hizo señal Claudio Frollo de que le siguiera.

La Catedral estaba ya oscura y desierta, las naves estaban ya en tinieblas y las lámparas de las capillas parecían ya estrellas sobre el fondo negro de las bóvedas. Solo el rosetón de la fachada, cuyos mil colores se empapaban en un rayo de sol horizontal, relucía en la sombra como una sarta de diamantes y repercutía al otro extremo de la nave su espectro deslumbrador.

Luego que andaron algunos pasos apoyóse Dom Claudio en un pilar y miró á Gringoire con fijeza. No era, sin embargo, ese modo de mirarle el que temía el poeta, que estaba corrido de que le hubiese sorprendido vestido de titiritero una persona tan grave y tan docta como el arcediano; éste no le miraba ni con ironía ni con burla; estaba serio, sereno, penetrante, y le dijo:

—Venid acá, maese Pedro, que teneis que explicarme muchas cosas. Empezad por decirme por qué hace dos meses que no os he visto, y por qué os encuentro por esas calles con semejante disfraz, mitad rojo y mitad amarillo, como una manzana de Caudebec!..

—Señor, contestó con humildad Gringoire, verdaderamente es ridículo este traje, y por eso estoy en vuestra presencia avergonzado. Conozco que hice muy mal en exponer á que apalee la ronda bajo estas vestiduras las espaldas de un filósofo pitagórico. Pero, ¿qué queréis que os diga, mi reverendo maestro? La culpa la tiene mi antigua ropilla, que me ha abandonado cobardemente al principio del invierno, con el pretexto de que estaba destrozada y de que necesitaba ir á descansar en la cesta del trapero. Qué había de hacer? La civilización no ha llegado aun al bello ideal de Diógenes, que deseaba que el hombre fuera completamente desnudo; añádase á esto que soplaban un viento muy frío y que Enero no es el mes á propósito para hacer dar á la humanidad semejante paso. He podido adquirir este disfraz y le he aceptado porque mi antigua ropilla negra no estaba ya cerrada herméticamente, y era impropia de un hermético como yo. Por eso me encontráis vestido de histrion. Espero que esto solo sea un eclipse; también Apolo guardaba marranos en el país de Admeto.

—Es muy bajo el oficio que ejercéis, le dijo el arcediano.

—Convengo, mi reverendo maestro, en que vale más filosofar y poetizar, soplar la llama en el horno ó recibirla del cielo, que hacer equilibrios con los gatos, y por eso, cuando me apostrofásteis, me quedé tan estúpido como un asno delante de un asador. Pero, ¿qué queréis, señor? Es indispensable vivir, y para comer no valen tanto los más hermosos versos alejandrinos como un pedazo de queso de Brie. Escribí para la señora Margarita de Flandes el famoso epitalamio que conocéis, y la Ciudad no me lo paga, bajo el pretexto de que no es muy bueno, como si se pudiese dar por cuatro escudos una tragedia de Sófocles. Iba, pues, á morirme de hambre, pero afortunadamente me encontré fuerte de mandíbulas y las dije: Haced prodigios de fuerza y de equilibrio y manteneos á vosotras mismas. Una cáfila de bribones, que son hoy grandes amigos míos, me han enseñado muchas habilidades hercúleas, y ahora masco todas las noches el pan que gano durante todo el día con el sudor de mi frente; concedo que este es un lamentable empleo de mis facultades intelectuales, y que el hombre no fué creado para tocar el tamboril y para morder sillas; pero, reverendo maestro, para pasar la vida es necesario ganársela.

Dom Claudio escuchaba silenciosamente; de pronto, sus ojos hundidos adquirieron una expresión tan sagaz y penetrante, que Gringoire se sintió, por decirlo así, escudriñado por dichas miradas hasta el fondo del alma.

—Bien está, maese Pedro; ¿pero cómo es que os encuentro acompañando á esa bailarina de Egipto?

—Toma! contestó Gringoire, porque es mi mujer y yo soy su marido.

Los ojos tenebrosos del sacerdote se inflamaron.

—¿Te has atrevido á semejante cosa, miserable? exclamó furioso y asiendo con furor el brazo de Gringoire. ¿Tan abandonado estás de Dios que te has atrevido á poner la mano sobre esa jóven?

—Por la parte que me corresponde de Paraíso os juro, señor, contestó el filósofo temblando como un azogado, que ni

siquiera la he tocado, si es eso lo que os inquieta.

—¿Por qué, pues, me dices que es tu mujer?

Gringoire le refirió sucintamente todo lo que ya sabe el lector; su aventura de la Côte de los Milagros y su casamiento del cántaro roto. Parece que ese matrimonio no llegó nunca á consumarse, porque todas las noches la gitana le escamoteaba la noche de bodas, como hizo la primera.

—Es un fastidio, dijo al terminar la relacion, pero eso consiste en que he tenido la desgracia de casarme con una virgen.

—Qué es lo que quereis decir? preguntó el arcediano, que se habia serenado poco á poco al oír la relacion de Gringoire.

—Es algo difícil de explicar, respondió el poeta. Todo ello no pasa de ser una supersticion. Mi mujer es, segun me ha dicho un viejo peje que entre nosotros se llama el duque de Egipto, una criatura encontrada ó perdida, que viene á ser lo mismo, y que lleva pendiente del cuello un amuleto, que se asegura que hará que encuentre un día á sus padres; pero perderá su virtud dicho amuleto si la jóven perdiese la suya; por consecuencia, uno y otro somos muy virtuosos.

—¿Luego creéis, repuso Claudio, cuya frente acababa de serenarse, que esa criatura sea virgen?

—¿Y qué puede el hombre contra tan tenáz supersticion? Ella la tiene metida en la cabeza, y por cierto que es una singularidad esa severa virtud que se conserva feroz en medio de las hijas de Bohemia, tan fáciles de domesticar. Pero esa virtud cuenta con tres protecciones: con el duque de Egipto, que la ha tomado bajo su salvaguardia, esperando sin duda venderla á algun abad ricacho y libertino; con el afecto que por eso la profesa toda su tribu, que la venera como á una Nuestra Señora, y con cierto diminutivo puñal, que lleva escondido no sé dónde, pero que le salta á las manos en cuanto alguno quiere apretarla la cintura. ¡Es una avispa terrible!

El arcediano hizo un millon de preguntas á Gringoire: Esmeralda era, segun la opinion de éste, una criatura inocente y preciosa, haciendo escepcion de un mohín que la era peculiar, una niña inocente y apasionada, ignorante de todo, pero entusiasta de todo, no sa-

biendo aun la diferencia que existe entre un hombre y una mujer; loca sobre todo por el baile, por el ruido y por el aire libre; una especie de mujer-abeja, con alas invisibles en los piés y viviendo en medio del torbellino. Acaso esta naturaleza era producida por la vida errante que habia pasado. Logró averiguar Gringoire que siendo niña habia recorrido la España y la Cataluña hasta Sicilia. Creía tambien que la llevó la caravana de gitanos, de la que formaba parte, al reino de Argel, país situado en Acaya, y Acaya linda por un lado con la Albania menor y la Grecia y por el otro con el mar de las Dos Sicilias, que es el camino de Constantinopla. Los bohemios, decia Gringoire, eran vasallos del rey de Argel en su calidad de jefe de la nacion de los moros blancos; la Esmeralda llegó á Francia por Hungría siendo muy niña. De los citados países trajo la niña gran número de palabras chapurradas, cantares é ideas extrangeras, que hacian de su lenguaje un conjunto abigarrado, como su traje, medio parisiense y medio africano. La gente de los barrios que ella frecuenta la tiene mucho cariño por su alegría, por su hermosura, por su gentil donaire, por sus danzas y por sus canciones. En toda la capital cree ella que solo hay dos personas que la aborrecen, y de ellas habla continuamente con terror; son estas dos personas la reclusa de la cueva de la Torre-Roland, que aborrece de muerte á todas las gitanas, y un sacerdote que siempre que la encuentra la dirige miradas feroces y la dice palabras que la amedrentan.

Esto último que dijo Gringoire turbó en gran manera á Claudio Frollo, sin que aquel lo notase; dos meses bastaron para hacer olvidar al filósofo poeta los detalles singulares de la noche en que seguía á la gitana y la presencia del arcediano en aquel acontecimiento. Pero esto no obstante, nada temía la hermosa bailarina, porque como no decia la buenaventura, no daba margen á que se le formase alguno de aquellos procesos por magia con tanta frecuencia entablados entonces contra las gitanas; además, Gringoire, si no era para ella un marido, era un hermano, y el filósofo soportaba con paciencia su matrimonio platónico, que le proporcionaba habitacion y pan. Todas las mañanas salía de la Côte de los Milagros casi siempre con la gitana, la ayudaba á recoger el dinero por las calles, y volvía con ella todas las no-

ches á dormir bajo el mismo techado, en el que la dejaba que pasase el cerrojo de su cuarto, y él se dormía con el sueño del justo; existencia dulce al fin y al cabo y á propósito para la meditacion. Verdaderamente en el fondo de su alma no estaba muy seguro el poeta de estar muy enamorado de la gitana; quería á la cabra casi tanto como á ella, porque era viva, amable é inteligente. Eran frecuentes estos animales doctos en la Edad Media, animales que asombraban y que conducian muchas veces á la hoguera á sus preceptores, pero las brujerías de la cabrita de las patas de oro eran solo travesuras inocentes. Gringoire se las explicó al arcediano, al que parecia que interesaban mucho esos pormenores: bastaba casi siempre presentar la pandereta á la cabra de un modo particular, para obtener que hiciese la habilidad que se deseaba. La enseñó la gitana, que era muy hábil para esta clase de enseñanzas, y en dos meses aprendió el animalito á escribir con letras movedizas la palabra *Febo*.

—*Febo?* dijo el sacerdote; ¿y por qué *Febo*?

—Qué sé yo! respondió Gringoire. Quizás será una palabra que ella crea dotada de alguna virtud mágica y secreta. La repite á media voz cuando cree que está sola.

—¿Estais seguro, repuso Claudio, de que es solo una palabra y no un nombre?

—Nombre de quién? preguntó el poeta.

—Qué sé yo! respondió el sacerdote.

—Lo que yo opino, señor, es que esos gitanos son güebros y adoran al sol, y acaso de aquí nazca el escribir ese nombre.

—No me parece esa explicacion tan clara como á vos.

—Despues de todo, me tiene sin cuidado lo que esa palabra pueda significar; lo cierto es que *Djalí* me quiere ya tanto como á su ama.

—Quién es *Djalí*?

—La cabra.

Apoyó el arcediano la barba en la mano y quedó un momento pensativo. De pronto se volvió bruscamente hácia Gringoire y le preguntó:

—Me juras que no la has tocado?

—A quién? á la cabra? preguntó el filósofo.

—No, á la mujer.

—A mi mujer? nunca.

—¿No estais con frecuencia solo con ella?

—Una hora todas las noches.

Dom Caudio frunció el entrecejo y exclamó:

—Oh! oh! *Solus cum sola non cogitabuntur orare Pater noster.*

—A fé mia que pudiera rezar el *Padre nuestro*, el *Ave Maria* y el *Creo en Dios Padre* sin que ella se fijase en mí más que una gallina en una iglesia.

—Júrame por la memoria de tu madre, repitió el arcediano con energía, que no has tocado á esa mujer ni con la punta del dedo.

—Lo juro por la de mi madre y por la de mi padre; pero, reverendo maestro, permitidme que os haga una pregunta.

—Hablad.

—Qué os importa eso?

Encendióse el pálido rostro del arcediano como las mejillas de una virgen; quedó un instante sin responder, y luego contestó desazonado:

—Maese Pedro, veo que no estais condenado todavía. Me interesais y deseo vuestra salvacion. El menor contacto con esa endiablada gitana os haria vasallo de Satanás. Ya sabeis que siempre el cuerpo pierde al alma. ¡Ay de vos si os acercais á esa mujer!

—Ya probé una vez, contestó Gringoire rascándose la oreja; el primer día, y... me pinché.

—¿Tuvisteis esa desvergüenza, maese Pedro?

Volvió á anublarse la frente del sacerdote.

—Otra vez, continuó el filósofo sonriendo, miré antes de acostarme por el agujero de la cerradura y ví que estaba en camisa la más deliciosa mujer que hizo en el mundo rechinar una cama.

—Llévete el diablo! gritó el sacerdote, lanzándole una mirada terrible; y dando un fuerte empellon al atónico Gringoire, desapareció rápidamente por las oscuras galerías de la Catedral.

III.

Las campanas.

Desde la mañana de la picota, los vecinos de Nuestra Señora notaron que en Quasimodo se habia entibiado en gran manera el entusiasmo por las campanas. Antes habia repiqueteos por cualquier cosa, largas alboradas que duraban de primas á completas, vuelo general para la misa mayor, ricos diapasones para una boda ó para un bautizo, que se entretejían en el aire como bordadura compuesta de mil brillantes sonidos. La

antigua iglesia, vibrante y sonora, gozaba de la perpétua alegría de las campanas; revelábase siempre en ella la presencia de un espíritu ruidoso y de capricho que cantaba dentro de las bocas de cobre; ahora parecía que había desaparecido aquel espíritu, la Catedral estaba adusta y silenciosa; las fiestas y los entierros solo tenían un campaneo sencillo y pobre, lo que el ritual exigía y nada más. Del doble ruido que producen en una iglesia el órgano dentro y las campanas fuera, no quedaba más que el del órgano; parecía que había desaparecido el músico de los campanarios, y, sin embargo, allí estaba Quasimodo. ¿Que le había pasado? ¿Duraban aun en el fondo de su corazón la vergüenza y la desesperación de la picota? ¿repercutían aun en él los latigazos del atormentador público y el dolor de tan crudo tratamiento lo había extinguido todo en él, hasta la pasión por las campanas? ¿o era que María tenía una rival en el corazón del campanero de Nuestra Señora, y la gran campana y sus catorce hermanas se veían abandonadas por algo más amable y más hermoso?

En el año de gracia de 1482, la Anunciación cayó un martes día 25 de Marzo; ese día el aire era tan suave y tan puro, que Quasimodo sintió que renacía en él el antiguo cariño á las campanas; subió, pues, á la torre septentrional, mientras abría el bedel de par en par las puertas de la iglesia, que eran entonces comunales piezas de madera forrada de cuero, recamadas de enormes clavos de hierro dorado y llenas de esculturas "artificialmente trabajadas".

Cuando llegó á la alta caja de las campanas, Quasimodo las contempló largo rato, moviendo la cabeza con tristeza, como si le apesadumbrara que un cuerpo extraño se hubiera interpuesto en su corazón entre ellas y él. Pero despues que las echó al vuelo; cuando sintió aquel manojito de campanas moverse á la impulsión de sus manos; cuando vió, porque no las oía, subir y bajar la octava palpitante sobre aquella escala sonora, como pájaro que salta de rama en rama; cuando el diablo de la Música, ese demonio que sacude un manojito chispeante de *strettas*, de trinos y de arpegios, se apoderó del pobre sordo, volvió á ser dichoso entonces, todo lo olvidó y el júbilo de su alma brilló en su rostro.

Iba y venía de una parte á otra, dando palmadas de alegría, corriendo de una cuerda á otra, animando á los seis

cantores con la voz y con el gesto, como un director de orquesta que estimula á aficionados inteligentes.

—Vuela, decia, vuela, Gabriela. Esparce todo tu estruendo en la plaza, que hoy es día de fiesta.—Animo, Thibault, no tengas pereza, que te quedas atrás; vamos, ¿qué te has enmohecido, haragan?—¡Aprisa, aprisa, que no se vea el badajo! Vuélvelos á todos sordos, como á mí. Bien, Thibault, eso es, bien.—Guillermo! Guillermo! tú eres el mayor. Pasquier es el menor y Pasquier va más de prisa que tú! Apuesto cualquier cosa á que le oyen más que á tí.—¡Bien, Gabriela, bien, fuerte, más fuerte! Gorriones, ¿qué es lo que haceis vosotros que no meteis ni el más pequeño ruido? ¿quieren decir esos picos de cobre que parece que bostecen, cuando debieran cantar? Eaa, vamos, á trabajar! Hoy es día de la Anunciación y hace un sol hermoso; es preciso que haya un buen repiqueteo.

Ocupado estaba en aguijonear las campanas, y revoloteaban las seis todo lo que podían, sacudiendo sus lustrosas grupas, como un excelente tiro de mulas españolas azuzado de continuo por los apóstrofes del zagal. De repente dejó caer la mirada por las anchas escamas de pizarra, que cubren hasta cierta altura la pared perpendicular del campanario, y vió en la plaza á una joven caprichosamente vestida, que se paró, que desplegó en el suelo un tapiz, sobre el que se sentó la cabra, y vió tambien que se formaba numeroso grupo alrededor de la mujer y del animal. Dicho espectáculo trastornó súbitamente las ideas de Quasimodo y cuajó su entusiasmo musical, como cuaja una bocanada de aire la resina en fusión: paróse, volvió la espalda á las campanas y se acurrucó detrás del alero de pizarra, fijando en la bailarina la mirada expresiva, dulce y tierna que una vez asombró al arcediano. Entre tanto las campanas olvidadas apagaron sus sonidos bruscamente todas á la vez, con gran disgusto de los aficionados á repiqueteos, que de buena fé estaban oyendo la música aérea desde el puente del Cambio y que se marcharon al verse chasqueados, como el perro al que enseñan un hueso y le dan una piedra.

Una hermosa mañana del mes de Marzo, creo que fué el sábado 29, día de San Eustaquio, nuestro jóven amigo el estudiante Juan Frollo del Molino se apercibió al vestirse de que los gregüescos que contenían su bolsa no despedían sonido metálico.—Pobre bolsa! exclamó sacándola; ni un dinero parisíe! ¡Los dados, la cerveza y Vénus te han destripado por completo! Estás seca, arrugada y vacía, y ahora os pregunto, señores Ciceron y Séneca, cuyos rugosos ejemplares yacen esparcidos por el suelo; ¿de qué me sirve saber mejor que un general de las monedas, ó que un judío del puente del Cambio, que un escudo de oro con corona vale treinta y cinco oncenos de á veinticinco sueldos y ocho dineros parisíes cada uno, y que un escudo con la media luna vale treinta y seis oncenos de á veintiseis sueldos y seis dineros torneses por pieza, si no tengo un miserable maravedí negro que arriesgar á los dados? Cónsul Ciceron, ésta no es de las calamidades que puede *burlar* el hombre por medio de una perifrasis con *quemadmodum* y con *enim vero*.

Se vistió de malhumor; mientras se vestía le ocurrió una idea, que desechó al momento; pero luego le volvió á ocurrir con tal tenacidad, que por fin se decidió á realizarla. Al fin dijo:

—Pues bien; salga el sol por Antequerá; estoy decidido á ir á casa de mi hermano: atraparé allí un sermón, pero tambien atraparé un escudo.

Diciendo esto salió con rapidez. Bajó por la calle del Arpa hácia la Cité; al pasar por la calle de la Huchette, el olor de sus admirables asadores, que giraban continuamente alrededor del fuego, regaló su olfato y lanzó una mirada de amor á la ciclópea pastelería, que arrancó al franciscano Calatagirone esta patética exclamación: *¡Veramente queste ro-tisserie sono cosa stupenda!*

Pero Juan no tenía para pagar el almuerzo, y lanzando un profundo suspiro se internó por la puerta del Pequeño-Chatelet.

Ni siquiera se tomó el trabajo de echar una piedra al pasar, como era costumbre, á la miserable estatua de Pesinet Leclét, que entregó á los ingleses el Paris de Carlos VI; crimen que durante tres siglos expió su efigie, magullada á pedradas y cubierta de lodo, cuya está-

tua está colocada en la esquina de las calles del Arpa y de la Bussy como una eterna picota.

Despues de atravesar el pequeño puente y la calle nueva de Santa Genoveva, se encontró Juan del Molino delante de Nuestra Señora. Volvió á quedarse indeciso y se paseó algunos instantes alrededor de la estatua de M. Legris, repitiéndose á sí mismo:—El sermón es seguro, el escudo problemático.

Salió entonces del claustro un bedel: Juan le detuvo y le preguntó:

—¿Dónde está el señor arcediano de Josas?

—Creo que está en su escondrijo de la torre, le contestó el bedel, pero os aconsejo que no vayais á estorbarle, como no seais enviado del Papa ó del rey.

Juan dió una palmada, exclamando:

—Diablo! ¡hé aquí una famosa ocasion para ver la covacha de las brujerías!

Esta reflexion le determinó, y entrando por la puertecilla negra, empezó á subir por la rosca llamada de Saint-Gilles, que conduce á los pisos superiores de la torre.

—Voy á ver, se decia á sí mismo mientras ascendía. ¡Debe ser curiosa la celda oculta de mi Reverendo hermano! Se dice que enciende en ella cocinas del infierno y que cuece en ellas con fuego vivo la piedra filosofal. ¡Vive Dios, que así me ocupo yo de la piedra filosofal como de cualquier otra piedra, y que prefiero encontrarme en un horno una tortilla con magras que la piedra filosofal más gruesa del mundo!

Cuando llegó á la galería de las columnillas se detuvo un rato para cobrar aliento, y echó pestes contra la interminable escalera; luego prosiguió la ascension por la estrecha puerta de la torre septentrional, actualmente cerrada para el público. Momentos despues de dejar detrás de sí la estancia aérea de las campanas, halló una pequeña meseta abierta en una hendidura lateral, y debajo de la bóveda una puertecilla ojiva, cuya enorme cerradura y robusta armazón de hierro pudo observar á la luz de una tronera abierta frente por frente en la pared circular de la escalera. El que tenga curiosidad de visitar hoy la indicada puerta, la reconocerá por esta inscripción, grabada en letras blancas sobre la negra pared: ADORO Á CORALIA, 1823, FIRMADO, EUGENIO.—Firmado, está en el texto.

—Aquí es sin duda, exclamó el estudiante.

La llave estaba en la cerradura y la puerta entornada; la empujó con tiento y asomó por ella la cabeza.

El lector habrá hojeado sin duda la obra admirable de Rembrandt, el Shakespeare de la pintura: entre sus maravillosos grabados hay uno, que es una agua fuerte, y que representa, según la opinion general, al doctor Fausto, y que es imposible contemplar sin quedar deslumbrados. Representa una celda sombría; en el centro de ella hay una mesa llena de objetos repugnantes, calaveras, esferas, alambiques, compases, pergaminos y geroglíficos. Delante de la mesa está el doctor vestido con gruesa hopalanda y con un gorro de pieles metido hasta las cejas. Solo se le vé medio cuerpo; está sentado en inmensa poltrona; sus crispados puños se apoyan sobre la mesa, y está contemplando con terror y con curiosidad un gran círculo luminoso, formado de letras mágicas, que brilla en la pared del fondo, como el espectro solar en una cámara oscura; dicho sol cabalístico tiembla cuando se le mira é inunda la deslucida celda con un misterioso resplandor: es horrible y hermoso.

Algo semejante á la celda de Fausto se presentó á los ojos de Juan, el cual metió la cabeza por el hueco de la puerta, que entreabrió. Vió un recinto sombrío, apenas iluminado; vió también una gran poltrona y una gran mesa, compases, alambiques, esqueletos de animales colgados del techo, una esfera rodando por el suelo, hipocéfalos interpolados con almireces, en los que brillaban hojas de oro; calaveras sobre vitelas pintarrajeadas con figuras y caracteres, gruesos manuscritos abiertos sin compasion por los frágiles ángulos del pergamino; vió, en fin, todas las inmundicias de la ciencia y por todas partes polvo y telarañas; pero en dicha celda no había círculos de letras luminosos, ni doctor en éxtasis contemplando la esplendente vision, como águila que mira al sol. Sin embargo, la celda no estaba vacía. Había un hombre sentado en la poltrona y encorvado sobre la mesa. Estaba vuelto de espaldas á Juan y éste solo podía verle por detrás; pero reconoció con facilidad la cabeza calva, en la que había hecho la naturaleza eterna tonsura, como si hubiera querido revelar por aquel símbolo exterior la irresistible vocacion clerical del arcediano.

Juan conoció en seguida á su hermano, pero como abrió con mucha suavidad la

puerta de la celda, éste no advirtió la presencia de aquel; el curioso estudiante se aprovechó de esta circunstancia para examinar á su sabor el gabinete de química del arcediano. Un horno ancho, en el que no se había fijado á primera vista, estaba situado á la izquierda del sillón, debajo de la ventanilla. El rayo de luz que penetraba por dicha abertura atravesaba una telaraña, que construía con primor su delicado tejido en la ojiva de la ventanilla, en cuyo centro estaba el insecto tejedor, inmóvil como el cubo de aquella rueda de encaje. Había acumuladas en desorden encima del horno toda clase de vasijas, redomas de barro, retortas de vidrio y alambiques de carbon. Juan observó suspirando que allí no había ni una sola cacerola. ¡Famosa batería de cocina! dijo para su capote.

El horno estaba apagado y se conocía que no se había encendido en mucho tiempo. Juan vió entre los utensilios de alquimia una careta de vidrio, que sin duda servía al arcediano para preservar el rostro cuando elaboraba alguna sustancia explosible, y estaba en un rincón cubierta de polvo y olvidada: yacía á su lado un fuelle no menos empolvado, en cuya hoja superior se podía leer esta inscripcion, incrustada en letras de cobre:

SPIRA, SPERA.

Otras muchas leyendas estaban escritas en las paredes, según la costumbre de los herméticos, unas trazadas con tinta, otras grabadas con una punta de metal. Además letras góticas, hebreas, griegas y romanas, revueltas unas sobre otras, las más recientes cubriendo á las más antiguas; aquello era una confusa mezcla de todas las filosofías, de todos los sueños, de toda la sabiduría humana. Véase de vez en cuando alguna inscripcion que brillaba sobre las demás, como un estandarte entre las puntas de las lanzas, y era por lo comun una divisa griega ó latina, como las formulaba con habilidad la Edad Media.—*Unde? inde? —Homo homini monstrum.—Astra, castra, nomen, numen.—Sapere aude.—Flat ubi vult,* etc. etc. Había también algunas divisas hebreas y griegas, las que Juan, como era poco erudito, no sabía leer; y el conjunto de lo escrito en las paredes estaba atravesado por muchas partes por estrellas, por caras de hombres y de animales y por triángulos que se interceptaban, lo que contribuía á hacer que se asemejase la pared emborronada de la celda á una hoja de papel sobre la

cual hubiera pasado un mono la pluma cargada de tinta.

El conjunto de este gabinete secreto ofrecía el aspecto de la ruina, del abandono; y el triste estado de los utensilios manifestaba que hacia ya mucho tiempo distraían al dueño de sus trabajos otras preocupaciones.

El arcediano, aunque tenía inclinada la cabeza sobre un grueso manuscrito ornado de caprichosas pinturas, parecía atormentado por una idea que sin cesar se inmiscuía en sus meditaciones. Al menos así lo creyó Juan, al oírle exclamar con las intermitencias pensativas del delirante que sueña en alta voz:

—Sí, Manou lo dice y Zoroastro lo enseña; el sol nace del fuego y la luna del sol; el fuego es el alma del gran todo; sus átomos elementales se extienden y fluyen en el mundo en corrientes infinitas. En los puntos en que chocan estas corrientes, en el cielo, producen la luz, y en sus puntos de interseccion, en la tierra, producen el oro. La luz y el oro son una misma cosa: el oro es el fuego en estado concreto. La diferencia de lo visible á lo palpable, de lo flúido á lo sólido en la misma substancia, del vapor de agua al hielo y nada más. Esto no es un delirio, es la ley general de la naturaleza. ¿Pero cómo arrancar á la ciencia el secreto de esta ley general? Sí, sí... esta luz que inunda mi mano es oro! esos mismos átomos dilatados, según cierta ley, bastaría condensarlos, según otra ley, para convertirlos en oro. ¿Cómo acertar con estas dos leyes?... Algunos tuvieron la idea de sepultar un rayo del sol. Averroes, sí, Averroes fué el que enterró uno debajo del primer pilar, á la izquierda del santuario del Alcorán, en la gran mezquita de Córdoba; pero no se podrá socavar el suelo, para ver si ha salido bien la operacion, hasta de aquí á ocho mil años.

—Diablo! exclamó Juan; eso es demasiado tiempo para esperar un escudo.

—Otros han creído, prosiguió el arcediano, que sería mejor verificar la prueba con un rayo de Sirius; pero es muy difícil obtener puro ese rayo á causa de la presencia simultánea de otras estrellas, que mezclarían sus rayos con él. Hamel opina que es más sencillo trabajar con el fuego terrestre. Hamel tuvo nombre de predestinado. *Flamma* es el fuego, y en él está el secreto. El diamante se encierra en el carbon y el oro en el fuego; pero cómo extraerle? Magistri afirma que hay ciertos nombres de

mujer de encanto tan dulce y tan misterioso, que basta pronunciarlos durante la operacion... Leamos lo que dice Manou: "Donde se honra á las mujeres, las divinidades están contentas; donde se las desprecia, es inútil rezar á Dios. La boca de la mujer es constantemente pura; es agua corriente, es un rayo de sol. El nombre de la mujer debe ser agradable, dulce, imaginario, acabar con vocales largas y parecerse á palabras de bendicion...". Sí, el sábio está en lo cierto; así son los nombres de María, Sofía, Esmeral... Condenacion! ¡Siempre este mismo pensamiento!...

El arcediano cerró el libro con violencia; pasóse la mano por la frente como para ahuyentar la idea que le perseguía, y luego tomó de encima de la mesa un clavo y un martillo, en cuyo mango había pintadas letras cabalísticas.

—Desde hace algun tiempo, dijo con amarga sonrisa, me salen mal todos los experimentos. La idea fija se apoderó de mí y consume mi cerebro como una manga de fuego; ni siquiera he podido dar con el secreto de Cassiodoro, cuya lámpara ardia sin mecha y sin aceite, y que es cosa sencilla, sin embargo.

—Cuerno! dijo Juan para sus adentros.

—¡Basta, pues, continuó el sacerdote, un solo y miserable pensamiento para debilitar y enloquecer al hombre! ¡Cómo se reiría de mí Claudia Pernelle, aquella mujer que no pudo apartar un instante á Nicolás Hamel de la continuacion de su gran obra! Yo tengo en mis manos el martillo mágico de Techiclé, que á cada golpe que daba el formidable rabino sobre este clavo, el enemigo suyo que nombraba, aunque estuviese á dos mil leguas, se hundía media vara en la tierra y ésta le sepultaba; el mismo rey de Francia, por haber llamado inconscientemente á la puerta del taumaturgo, se hundió en el suelo de Paris hasta las rodillas. Cerca de tres siglos han pasado ya desde ese acontecimiento, y sin embargo, tengo yo el martillo y el clavo, y en mis manos no son herramientas formidables, solo son un escoplo en manos de un tallador. Pero solo me falta encontrar la palabra mágica que pronunciaba Techiclé dando martillazos sobre el clavo.

—Pues es una friolera! pensó Juan.

—Probaré á encontrar esa palabra; si lo consigo, veré brotar la chispa azul de la cabeza del clavo.—*Emen-hetan! Emen-hetan!* No es esta. *Sigeani! Sigeani!*—¡Que